

ta capacidad emocional para interpretar, en términos de la esperanza revolucionaria del Perú actual —de nuestro porvenir—, la grandiosidad del mestizo rebelde que fue decapitado y descuartizado en la plaza del Cuzco, después de cortarle la lengua y ser traicionado. ¿Cómo no faltarnos tal capacidad, si apenas ayer todo un sistema nos hacía ver el mundo con muchos de los pensamientos que condenaron a Túpac Amaru? Hemos tenido casos aislados, por cierto, de artistas y escritores que han plasmado obras importantes a fuerza de vivir la idea revolucionaria de Túpac Amaru. Pero aquí estamos ante un problema distinto. Un problema de carácter colectivo y del momento: expresar a través del mártir el espíritu revolucionario que actualmente se ha despertado en el Perú y fragua nuestro porvenir. Y este problema es complejo; como complejo es el cuadro sicosocial del Perú en estos momentos.

En lo particular, nos encontramos con dos concursos que obedecen al plausible propósito de rendir homenaje a nuestro héroe y, al mismo tiempo, hacer de su figura un símbolo de las reformas revolucionarias que se han iniciado entre nosotros. Pero nos damos con la sorpresa del poco alcance de sus bases: su incapacidad para apelar al espíritu revolucionario del homenajeado, su falta de actualidad en escoger los medios y su deficiencia para interpretar lo que un Perú futuro verá representado en este prócer (no en vano, toda revolución apunta al porvenir). Se limitan a solicitar un retrato en colores y otro en bulto. Buscan un autor para un personaje a medida de la historia, como queriendo rehacer un documento que los peruanos de la República descuidaron de suscribir a tiempo; de ahí tal vez su preferencia por las artes de aquel tiempo ido. ¿No hubiese sido mejor que los artistas de las más variadas actividades dieran una libre versión de la imagen de Túpac Amaru? Porque el arte existe para eso: para que libre y vivencialmente nos identifiquemos con una de las versiones que él hace de nuestras vivencias. No al revés: ordenar la versión con la que tenemos que identificarnos intelectualmente, fríamente.

Las bases del concurso para el monumento, por último, parecen querer utilizar la figura de Túpac Amaru como un elemento decorativo: se pide armonizar con la plaza y se rechaza la imagen del suplicio. ¿Por qué tantas restricciones? ¿Por qué un Túpac Amaru no puede “desentonar” en cualquier plaza, absorbiéndola o bien destruyéndola visualmente? Y sobre todo, ¿por qué pensar todavía en monumentos? A nuestro entender, pues, estamos ante un loable propósito que ha tomado un giro equivocado, superficial. Si se busca un símbolo, el retrato es, sin duda, el camino más equivocado y la solución más superficial. El retrato propaga el culto a la persona en desmedro de la idea y actitud revolucionaria que el retratado pudiese representar. Y si se persigue un emblema, tenemos ya la silueta de un Túpac Amaru ensombrerado que hoy vemos repetir con éxito en todas





PLAZA DE ARMAS DEL CUZCO, centro de una discusión que trasciende los límites de lo estético...

UNA CANDENTE POLEMICA

LA figura gloriosa de Túpac Amaru ha sido objeto últimamente de dos concursos: uno de pintura, cuyo destino ignoramos, y otro de escultura para dotar a la plaza de Armas del Cuzco de un monumento. Ambos fueron declarados desiertos; ninguna obra llegaba a expresar o representar la imagen del mártir que las bases de los concursos preceptuaban y el jurado esperaba. ¿Por qué este desacuerdo entre los concursantes y el jurado, en cuanto a la imagen de Túpac Amaru y la consiguiente interpretación de las bases? ¿Buscan todos lo mismo: una semblanza histórica, una

idealización, un símbolo, un emblema o la expresión de una vivencia revolucionaria? Y antes que todo, ¿buscan en Túpac Amaru su espíritu revolucionario o simplemente el retrato de un antepasado para incorporarlo en el álbum de familia? Porque referirse en estos momentos a la calidad artística en términos de validez universal, sería ocioso, pese a la insistencia de los académicos. Al haberse vuelto a convocar a concurso, recobran actualidad todas estas preguntas.

En primer lugar, decir que no tenemos artistas capaces de concebir y realizar una buena obra, significará

tomar las cosas superficialmente. Porque si bien hay incapacidad, ésta no es profesional ni artística. Ella tiene causas muy profundas. Y más que profundas, extensas: ella tiene que ver con los peruanos en general y con los autores de los concursos en particular.

En lo general, se trata de una incapacidad emocional como resultado del injusto y prolongado olvido en que hemos tenido a un héroe de tan enorme valía. ¿Creemos acaso que basta llamar a nuestros artistas para que reparen tan garrafal olvido con unas pinceladas y trazos? A todos nos fal-

EN BUSCA DE UN AUTOR PARA TUPAC AMARU

por JUAN ACHA





partes, en afiches y membretes. Al parecer, con ella se identifica nuestra esperanza: la que nos despiertan las reformas socioeconómicas iniciadas (pensar que con éstas se ha hecho ya una revolución, sería tomar muy a la ligera lo que ésta de veras constituye). Este emblema de nuestra esperanza revolucionaria ya ha comenzado a insertarse en ese mundo peruano, donde abundan los que nos defendieron heroicamente de enemigos externos y escasean los que lucharon en igual forma contra los internos.

Si, en cambio, se tiene la intención de apoyar los efectos de este emblema con otros medios, entonces la pintura y la escultura son los canales menos indicados para difundir en nuestra colectividad la idea revolucionaria de Túpac Amaru. La salida es ilusoria, pasadista. ¿Por qué insistir en la misma política artística de los gobiernos anteriores? ¿Por qué no se intenta algo nuevo? No aludimos a obras vanguardistas en especial. Simplemente reclamamos una actitud que no contradiga el espíritu de la reforma educativa que tenemos entre manos, la cual comprende un cambio radical de la educación artística. Y las plazas, monumentos, emblemas y símbolos, educan nuestra sensibilidad artística o la manipulan. Y la contradicción es evidente.

Los medios de información masiva (cine, TV) y las manifestaciones artísticas afines a la sensibilidad de nuestro tiempo, son, a no dudar, mejores "concientizadores" que los cuadros y los monumentos. Pero necesitan tiempo, pues son simples complementos de lo único que puede encarnar la imagen revolucionaria de Túpac Amaru en nuestra colectividad: una vivencia revolucionaria, producto de hechos revolucionarios. Porque, por un lado y como es obvio, ya no es posible sentir la emoción de los acontecimientos que rodearon a Túpac Amaru; aquella emoción vivencial que hizo trazar a los primeros cristianos una efigie de su Maestro; esa emoción que hizo concebir a Picasso su *Guernica*, pero que le faltó para su *Corea*, obra hoy olvidada, no obstante el convencimiento ideológico que su autor puso en ella. Por otro lado, nos falta aquel clima emocional que mantiene, a través del tiempo, toda leyenda bien cuidada y largamente acariciada (tarea que hoy pueden iniciar los medios de información masiva). Y Túpac Amaru vivió más en los textos escolares que la mente y corazón de los peruanos.

Si falta todo esto, sólo nos queda esperar una emoción, un fervor multitudinario que, como producto de hechos trascendentales —lo repetimos—, sea capaz de revivir lo inefable que, hace ciento noventa años, tuvo la rebeldía y el martirio de Túpac Amaru. Sólo así es posible que aflore el espíritu de este rebelde en sus verdaderas dimensiones revolucionarias y a imagen y semejanza de nuestras vivencias colectivas igualmente revolucionarias. Cuando esto suceda, las incapacidades aludidas al comienzo habrán desaparecido y será fácil que artistas y público coincidan: suponiendo, desde luego, que la actividad de los pri-



TRAS un olvido secular, el rostro del rebelde asoma como un símbolo...

meros sea de interés público. Mientras tanto, dejemos a nuestro mártir deambular en espera de una emoción revolucionaria y mayoritaria que, en calidad de autora, lo reviva y encarne en nosotros.

La sensibilidad artística personal, sin embargo, se adapta a las circunstancias y encuentra una salida honrosa. Tal el caso de un fino estudioso de nuestro pasado con su idea sobre el monumento de Túpac Amaru, que nos relató un alto funcionario y que merece toda la atención de las autoridades: cercar y aislar la plaza del Cuzco, y declararla **La Plaza del Silencio**. Además de hermosa, contemporánea y simbólica, esta idea expresaría también nuestro pudor: el pudor de quien quiere recordar con veneración a alguien que reconoce haber olvidado injustamente. Y en estos momentos nada mejor que el silencio reverente; aquel silencio que sabe guardar como homenaje, el recuerdo y que, hermanado con nuestra esperanza revolucionaria, nos hace evocar con vivacidad la rebeldía y suplicio, la imagen e idea de Túpac Amaru. (Lamentablemente desconocemos detalles de la idea). ■



EL PROBLEMA no es, obviamente, completar la galería de retratos de nuestra historia...